

Silva Mandujano, Gabriel. *Salvatierra. Estudio Histórico y Artístico*. Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Universidad de Guanajuato, 1999, 140 pp. (Con ilustraciones).

El autor, michoacano, originario de Tacámbaro, obtuvo la licenciatura en Historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; realizó estudios de maestría en Historia del Arte en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; es Profesor Investigador de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, adscrito al Instituto de Investigaciones Históricas. Se ha enfocado a la investigación de la historia de la arquitectura de la región, especialmente a la religiosa. A mediados de los años ochenta publicó *La catedral de Morelia: arte y sociedad en la Nueva España*. Ha escrito numerosos artículos y ha participado en múltiples obras referentes al patrimonio artístico y cultural de Michoacán. El esfuerzo que de su parte culminó al concluir la obra que nos ocupa, se vio realzado, coincidente y simbólicamente, con la celebración del Congreso Mundial de Conservación del Patrimonio Monumental —que tuvo subsede en esta ciudad—, en octubre del año en curso.

En esta misma línea de rescate y valoración de nuestro patrimonio se inscribe el libro que hoy nos ocupa. Este ha sido dividido por su autor en cinco capítulos que tratan, como el título lo indica, de dos aspectos princi-



pales que por lógica se relacionan y al mismo tiempo se complementan entre sí: el histórico y el artístico. La parte histórica es abordada en el primer capítulo; mientras que los tres siguientes se ocupan predominantemente del estudio del arte de la ciudad guanajuatense, especialmente en el ramo correspondiente a la arquitectura. El quinto y último trata sobre la hacienda de San José del Carmen, típica unidad agropecuaria de la región. A éstos se suman un apéndice documental, un glosario de términos especializados y un buen número de fotografías sobre las obras que el autor historia, describe y valora.

El maestro Silva Mandujano inicia así su trabajo, con un breve estudio histórico y urbanístico sobre Salvatierra, en el cual trata su origen y su desarrollo hasta el siglo actual, con el fin de ubicar en el tiempo y en el espacio el tesoro artístico de la ciudad que se propone estudiar. Bajo este tenor, debemos enfatizar que el arte representa el patrimonio cultural de un pueblo, tesoro que merece ser valorado, conservado y difundido; tesoro que nos habla, precisamente, del momento y de las sociedades que lo crearon, de las características del espacio en el que surgió, de los nexos que tuvo con otras poblaciones; de las condiciones sociales, políticas, económicas, culturales y tecnológicas que le dieron forma; cuestiones, todas ellas, que de manera concreta repercuten en las creaciones artísticas, ya sea para impulsarlas, restaurarlas, propiciar su cambio de uso, e inclusive —por desgracia—, para destruirlas.

En el caso de Salvatierra, como nos hace saber el autor, las primeras construcciones fueron realizadas de materiales perecederos, de acuerdo a las condiciones reinantes en el momento. Pero a éstas sucedieron las definitivas, bien planeadas, hechas ya de piedra, con calidad y cuidado del buen funcionamiento y de la estética. Este patrimonio salvaterrense es abordado por el maestro Silva Mandujano, quien subdivide la parte artística en tres rubros principales: el arte religioso, la arquitectura doméstica y la arquitectura civil pública y elige, para cada uno de ellos, los ejemplos más representativos. Toma, para estudiarlos, uno a uno los edificios y nos va proporcionando una reseña histórica de los mismos: sus antecedentes y edificación, el uso que se les ha dado, los hechos de la historia —en su caso— que en ellos se desarrollaron y el funcionamiento que tienen en la actualidad. Enseguida lleva a cabo la descripción del inmueble: tipo de planta, materiales utilizados y elementos arquitectónicos. Define el estilo artísti-

co y explica el por qué de la confluencia de más de una tendencia en una sola obra, como es el caso de la parroquia que, debido a lo prolongado de su construcción, tomó en sus inicios la moda barroca, pero fue concluida de acuerdo a los cánones neoclásicos, suavemente armonizados con el estilo anterior.

Gabriel Silva ha rastreado la autoría de algunos de los proyectos constructivos de las obras que estudia y, basado en su conocimiento y nivel profesional, emite su juicio crítico sobre aquellas que se encuentran en tela de duda, reafirmando, o bien desmintiendo, opiniones anteriores. Se adentra, además, en el manejo de las proporciones, en los efectos de iluminación, y en la fidelidad a los proyectos originales. En este sentido, nos comunica las modificaciones realizadas, los elementos que han sido alterados, reemplazados, e incluso eliminados, como se hizo al sustituir los altares barrocos por otros neoclásicos –acordes a la moda de fines del siglo pasado-, en muchos de los templos de la ciudad. Complementa su descripción anotando el acervo artístico que en cada caso se conserva, especialmente en los templos. Así, nos ilustra sobre la procedencia de las imágenes o de las obras, el significado que tienen para la población, y las narraciones o anécdotas que las envuelven.

En cuanto a la arquitectura religiosa, pone de manifiesto la importancia que tuvieron en el lugar las diferentes órdenes, especialmente de carmelitas descalzos y franciscanos, quienes fueron elemento importante en el desarrollo de la ciudad. A los conjuntos constructivos de estos frailes agrega otras edificaciones, sumando un total de seis ejemplos concretos, sin duda los más representativos, cuyos cánones arquitectónicos influenciaron a otros edificios del lugar.

Relata el origen de los cultos y devociones a las imágenes que hasta la actualidad se veneran y la religiosidad propia del pueblo. Interpreta el lenguaje iconográfico de las obras religiosas, verdaderas lecciones didácticas para la población analfabeta de la época colonial.

Es importante señalar que el trabajo del maestro Silva Mandujano nos permitirá estudiar las semejanzas y diferencias entre las construcciones de Salvatierra y de Valladolid, dos ciudades del obispado de Michoacán que contaron con algunos rasgos comunes. En el caso concreto de las construcciones religiosas, resultará interesante llevar a cabo un estudio comparati-

vo entre los conventos carmelita, franciscano y capuchino de cada una de estas poblaciones.

En cuanto a la arquitectura doméstica, el autor ha catalogado cuatro estilos propios de las construcciones salvaterrenses: el barroco novohispano; el neoclásico republicano; el neoclásico afrancesado porfiriano; y el art deco de la posrevolución. En este sentido debemos señalar que, al ser fundada en el siglo XVII, Salvatierra nació envuelta en ropajes barrocos, evidentemente palpables en los edificios más antiguos. Pero, indudablemente, si el arte no sólo refleja la época en que surge, sino también el lugar de su origen y de su región, la ciudad demuestra su condición de dependencia del obispado de Michoacán; la importancia que tuvo al ubicarse en las cercanías de la boyante zona minera de Guanajuato y la próspera región agropecuaria y comercial del Bajío. De esta manera —nos hace notar el autor—, en la arquitectura salvaterrense imprimió su indeleble sello la catedral de Valladolid que, a la sazón, fue la obra más importante de la región y una de las mejores de la Nueva España, realizada entre los siglos XVII y XVIII. La particularidad de su barroco, al cual el Arq. González Galván denominó tablerado, puede observarse en aquella ciudad guanajuatense; así encontramos, por ejemplo, la guardamalleta y la pilastra moldurada, los nichos y las conchas, como elementos comunes que se combinan con roleos y remates propios del estilo. Pero, además, el Bajío aportó lo propio, reflejando la influencia queretana en los arcos mixtilíneos de algunas construcciones. Con dichos elementos, propios y adoptados, Salvatierra creó su estilo particular, que le dio su carácter único, como sucede siempre con el arte.

Como resultado de su estudio, el autor enfatiza la influencia que ejerció —en la ciudad objeto de su atención— la arquitectura religiosa, en la doméstica. Ubica a la construcción privada salvaterrense dentro del común denominador del modelo español, con diseño desarrollado en torno a un amplio patio central, rodeado por arquerías y de fachadas con marcos muy labrados. Enfatiza las diferencias entre los elementos empleados en las casas barrocas y aquellos que fueron impuestos por la moda neoclásica, los cuales, en ocasiones, se manifiestan en armónica convivencia dentro de un mismo espacio. Pero además, caracteriza a los dos momentos del neoclásico al cual se refiere: el republicano, como abstracto y laico, generalizado a principios del siglo XIX; y el afrancesado porfiriano, de arcos

cruzados, excéntricos, que utiliza el almohadillado, la decoración a base de follaje y finos relieves, al estilo de las típicas casas queretanas.

Como último punto de la arquitectura doméstica, Gabriel Silva se refiere al art-deco de la posrevolución, desarrollado en la segunda y tercera década de este siglo, inspirada en los rascacielos norteamericanos. El nuevo estilo mezcla, en Salvatierra, sus líneas angulosas con elementos tradicionales como son las pilastras, cornisas y ménsulas. A partir de entonces se implementan nuevas técnicas constructivas, a base de hormigón armado, en lugar de los ancestrales materiales de piedra, ladrillo y madera.

En cuanto a la arquitectura civil pública, el autor centra su atención en cuatro obras de la ciudad, de muy diferentes épocas, por lo que las mencionamos cronológicamente: el puente de Batanes, construido a mediados del siglo XVII por fray Andrés de San Miguel, el arquitecto creador del estilo característico de la orden carmelita y obra maestra de la ingeniería civil. El palacio municipal, levantado durante el siglo XIX y, por lo tanto, encuadrado en el estilo neoclásico. El mercado Hidalgo, edificado durante la primera década de la presente centuria sobre la base de técnicas modernas de la época, y ligera estructura, al que se le dio un rostro neoclásico de cantera. Y el teatro Ideal, efímera obra de medio siglo de vida, demolido hace ya varias décadas.

Como último de los temas que trata, Silva Mandujano refiere una breve historia y una descripción de la hacienda de San José del Carmen, importante y típica unidad agropecuaria de la época colonial, propiedad de la orden carmelita, que permitió a los frailes su manutención y un ingreso productivo hasta el siglo XIX. Con ello ejemplifica una de las principales actividades de aquella región.

La obra que nos ocupa es, indudablemente, valiosa y aportativa. De acuerdo al objeto de su autor, contribuye al conocimiento y a la justa valoración de la historia y el arte de Salvatierra, lo cual permitirá que los ciudadanos se concienticen sobre la necesidad de cuidar y conservar su patrimonio. Es pues, un avance importante en la investigación de la historia del arte regional, que abre las puertas a nuevos estudios que profundicen y fortalezcan los nexos entre cada edificio, sus constructores y su momento; o bien que traten otros de los temas que aquí se mencionan, como son las pinturas que se encuentran en algunos de los edificios referidos por Silva Mandujano, o las restauraciones hechas a las diferentes construcciones.

La estructura de la obra es lógica, pues parte del origen de la ciudad, para después explicar su desarrollo histórico de la mano de lo artístico. Las fuentes que utiliza son, tanto documentales de archivo como bibliográficas de temática variada, relacionadas con el interés primordial del autor. El texto es limpio y el lenguaje claro, accesible, incluso al lector no especializado. La comprensión puede complementarse con un glosario de términos artísticos y arquitectónicos que se incluye al final, así como un apéndice de documentos que describen, en diferentes etapas de los siglos XVI y XX, al desarrollo urbano de la ciudad, las actividades propias de la población, su organización política y religiosa y varios datos más que se enriquecen con las numerosas fotografías.

Nos complacemos sobremanera por el nuevo libro de Gabriel Silva Mandujano y deseamos que pronto nos entregue un producto más de sus constantes investigaciones.

Carmen Alicia Dávila Murguía

Instituto de Investigaciones Históricas.

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

